

2 CORINTIOS

Introducción

Ocasión y fecha de composición de la carta. Sobre las circunstancias que provocaron esta «segunda» carta tenemos más dudas que certezas. El libro de los Hechos de los Apóstoles, la única fuente de información que existe acerca de las actividades de Pablo – aparte de la correspondencia del mismo Apóstol– no menciona ninguna crisis en Corinto que motivara otra respuesta por escrito. Hay, pues, que reconstruir los acontecimientos con los datos que nos ofrece la misma carta, datos no muy claros, ya que se dan por sabidas cosas que nosotros desconocemos.

He aquí una aproximación a lo que debió ocurrir. La primera carta a los corintios no obtuvo, por lo visto, el efecto deseado. La visita de seguimiento de Timoteo a la comunidad, anunciada en 1 Cor 16,10s, se realizó sin resultados positivos y el colaborador y hombre de confianza de Pablo regresó con malas noticias. El Apóstol, que estaba en Éfeso, se ve en la necesidad de desplazarse brevemente a Corinto. Su presencia en la ciudad, lejos de solucionar el problema, lo empeoró. Es más, Pablo fue insultado grave y públicamente en una asamblea eucarística, como él mismo menciona en 2,5 y 7,12. Debó regresar a Éfeso abatido, y desde allí les escribe «con gran angustia y ansiedad, derramando lágrimas» (2,4). Esta vez es su discípulo Tito el portador de este dramático mensaje. La comunidad reacciona, se arrepiente y se dispone a castigar al ofensor. Tito sale en busca de Pablo con la buena noticia y lo encuentra, por fin, en Filipos a donde, mientras tanto, había tenido que huir desde Éfeso por un motín desencadenado contra él por el sindicato de los plateros, como nos cuenta Lucas en los Hechos (cfr. Hch 19,23-40). Ya tranquilo y en tono conciliador, el Apóstol se dirige de nuevo a la comunidad con la que hoy figura como la «Segunda Carta a los Corintios», escrita hacia finales del 57, año y medio después de la primera.

En cuanto a esa enigmática «carta de lágrimas», no ha llegado hasta nosotros en su integridad, sino sólo en los fragmentos que probablemente un recopilador posterior insertó, sin más, en la «Segunda» que conocemos, y que forman los capítulos 10-13 de la misma. El brusco cambio de tema y de tono y otra serie de detalles avalan esta hipótesis. Es también probable que la «Segunda a los Corintios» contenga además otros fragmentos de otras cartas enviadas en el decurso de la crisis. En resumidas cuentas, estaríamos ante un escrito que podría recopilar hasta cuatro posibles cartas del Apóstol.

Tema y contenido de la carta. A pesar de las complicadas circunstancias que la motivaron y de los avatares que sufrió el texto mismo de la carta hasta llegar a la forma en que lo conocemos, gracias al talento y talante de Pablo ha brotado un escrito muy personal e intenso. Casi tanto como el valor de la doctrina pesa la comunicación de la persona, o mejor dicho, su testimonio personal se convierte en doctrina, en tratado vital de la misión apostólica, pues ésta era, en definitiva, la razón de la crisis: el cuestionamiento de su apostolado por parte de algunos miembros influyentes de la comunidad de Corinto.

Si había algo que Pablo no toleraba en absoluto era que se pusiera en duda el mandato misionero recibido del mismo Jesús resucitado. Y no por vanidad o prestigio personal, sino porque estaba en juego la «memoria de Jesús», la verdad del Evangelio que predicaba. Siempre que se siente atacado en este punto, Pablo no rehúsa la polémica, sino que se defiende con acaloramiento, sin ahorrarse contra sus adversarios epítetos e invectivas mordaces que delatan su carácter pasional. Era un hombre que no tenía pelos en la lengua.

Retrato de un misionero del Evangelio. Recogiendo todos los datos que nos ofrece esta especie de carta-confesión, surge el retrato fascinante de este servidor de la Palabra de Dios que era Pablo, modelo ya para siempre de todo cristiano comprometido con el Evangelio.

Pablo fue una persona controvertida, siempre en el punto de mira de la polémica y que no dejaba indiferente a nadie. Fue amado incondicionalmente al igual que encarnizadamente perseguido, porque el «anuncio» de la Buena Noticia de que era portador se convertía en denuncia implacable contra toda injusticia, discriminación, comportamiento ético o enseñanza falsa que pisoteara o domesticara la «memoria de Jesús». Fue su fe en Jesús muerto y resucitado la que le impulsaba a predicar: «creí y por eso hablé» (4,13).

Era un hombre, como él mismo dice, que no traficaba con la Palabra de Dios (2,17). Esto le acarreó quebrantos y sufrimientos de toda clase que él consideraba como parte integrante de su misión, como la prueba máxima de la veracidad del Evangelio que predicaba y que, como tal, no se recataba en recordárselos a sus oyentes, de palabra y por escrito, cuando era necesario. El relato que hace de ellos en esta carta (4,7-15) es una pequeña obra maestra de dramatismo y expresividad.

Fue la misma Palabra de Dios la que alejó a Pablo de todo fanatismo y arrogancia, haciéndole descubrir su propia fragilidad humana, como la «vasija de barro» que contenía el tesoro, hasta el punto de no dudar en exhibir sus limitaciones y defectos para que se viera que la fuerza superior de la que estaba poseído «procede de Dios y no de nosotros» (4,7).

Es este Pablo en toda su apasionante humanidad, frágil y a la vez fuerte, cargando humildemente con su tribulación por el Evangelio que predica, pero consciente de la carga incalculable de gloria perpetua que produce (4,17s) el que se nos presenta en este escrito/confesión a los Corintios. Él mismo es la enseñanza y el contenido de la carta.

Saludo¹

1 ¹Pablo, apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios, y el hermano Timoteo, ²a la Iglesia de Dios de Corinto y a todos los consagrados de la provincia entera de Acaya: ²Gracia y paz a ustedes de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Consuelo en la tribulación²

³Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre compasivo y Dios de todo consuelo, ⁴que nos consuela en cualquier tribulación, para que nosotros, podamos consolar a los que pasan cualquier tribulación con el mismo consuelo que recibimos de Dios. ⁵Porque así como son abundantes nuestros sufrimientos por Cristo, así también por Cristo abunda nuestro consuelo. ⁶Si sufrimos tribulaciones, es para consuelo y salvación de ustedes; si recibimos consuelos, es también para consuelo de ustedes, y esto les da fuerzas para soportar con fortaleza los mismos sufrimientos que nosotros soportamos. ⁷Nuestra esperanza respecto a ustedes es firme, porque sabemos que si comparten nuestros sufrimientos, también compartirán nuestro consuelo.

⁸No quiero, hermanos, que desconozcan lo que tuvimos que aguantar en la provincia de Asia: algo que nos abrumó tan por encima de nuestras fuerzas, que no esperábamos salir con vida. ⁹Nos sentíamos como condenados a muerte; así aprendimos a no confiar en nosotros, sino en Dios que resucita a los muertos. ¹⁰Él nos libró de tan grave peligro de muerte y nos seguirá librando. Estoy seguro de que nos librará de nuevo ¹¹si ustedes colaboran rezando por nosotros. Y de esta manera, siendo muchos los que oren por nosotros, serán muchos los que agradezcan los beneficios recibidos.

¹ **1,1s Saludo.** Comienza la carta con la introducción acostumbrada que incluye: los remitentes con nombre y título, los destinatarios y el saludo. Como es habitual, Pablo se presenta con el título de «apóstol». En esta ocasión, sin embargo, no se trata de una presentación convencional sino de la reivindicación de un título que le corresponde por voluntad de Dios y llamada de Cristo Jesús. Toda la carta tratará de su apostolado y de la defensa de su misión apostólica, atacada y puesta en duda por aquellos a los que él llama «falsos apóstoles» y que pululaban, por lo visto, en la Iglesia de Corinto.

Como es frecuente en sus cartas, Pablo presenta a sus colaboradores, en este caso a Timoteo, uno de sus más fieles compañeros. Los destinatarios no son solamente los corintios sino también algunas comunidades dispersas por la provincia de Acaya entre las que seguramente su apostolado estaba también cuestionado. A todos los llama «consagrados» a Dios (1), participantes de su santidad como pueblo escogido (cfr. Éx 19,6). «Gracia», saludo griego, y «paz», saludo hebreo, se trasladan unidos al contexto cristiano (cfr. Rom 1,7), como dones definitivos que da Dios, nuestro Padre y el Señor Jesucristo.

² **1,3-11 Consuelo en la tribulación.** Terminados los saludos, no se encuentra la habitual «acción de gracias» que encontramos en otras cartas (cfr. 1 Tes 1,2s; 1 Cor 1,4; Rom 1,8) y que sirve tanto para marcar el objetivo de las mismas, como para alabar algún aspecto positivo de las comunidades cristianas y así captarse su benevolencia. Aquí aparece, en cambio, un himno de alabanza u oración de bendición solemne, casi litúrgica, que nos introduce de lleno en el contexto de la misma carta: el sufrimiento apostólico de Pablo y la consolación que proviene del «Padre compasivo y Dios de todo consuelo» (3). Los términos «tribulación», «sufrimiento» y «consuelo» son constantes.

¿A qué tribulación y sufrimiento está aludiendo Pablo? Sin duda, al producido por sus relaciones tormentosas con la misma comunidad de Corinto que tanto afectaron al Apóstol, y quizás, más en concreto, a una situación desesperada, un trance de vida o muerte por el que atravesó en la ciudad de Éfeso y del que se libró en el último momento. ¿Se trató de una gravísima enfermedad? No lo sabemos, pero debió ser una experiencia traumática de la «que no esperábamos salir con vida» (8).

De todo ello ofrece su testimonio personal a los corintios, un testimonio que el Apóstol transforma en mensaje evangélico. Los sufrimientos de Cristo son la clave de interpretación de todo sufrimiento humano, el de Pablo, el de los corintios, los nuestros. Compartir solidariamente la cruz de Cristo nos llevará también a compartir su resurrección, una victoria que ya experimentamos aquí y ahora en ese consuelo que va más allá del sentimiento y que es la fuerza que hace enderezar al que está a punto de doblarse. Además del vínculo del sufrimiento, el Apóstol menciona otro vínculo que le une a los corintios: la oración por el que sufre o está en peligro, y la acción de gracias por su liberación. Los sufrimientos de Pablo, tanto los personales como los ocasionados por la comunidad de Corinto, parecen haber pasado por ahora. Es el momento de la acción de gracias.

Cambio de planes³

¹²Nuestro orgullo se apoya en el testimonio de nuestra conciencia: ella me asegura que por la gracia de Dios y no por prudencia humana, me he comportado con todo el mundo, y en particular con ustedes, con la sencillez y sinceridad que Dios pide. ¹³En nuestras cartas no había segundas intenciones, no hay en ellas más de lo que ustedes han leído y entendido. ¹⁴Y espero que comprendan plenamente lo que ya han comprendido en parte: que en el día de [nuestro] Señor Jesús podrán sentirse orgullosos de nosotros, como nosotros de ustedes. ¹⁵Con esa confianza me propuse visitarlos primero a ustedes, para darles una nueva alegría, ¹⁶seguir después a Macedonia y desde allí regresar nuevamente a ustedes, para que prepararan mi viaje a Judea. ¹⁷Al proponerme esto, ¿actué precipitadamente? ¿Lo decidí por motivos humanos, en vaivén entre el sí y el no? ¹⁸Dios me es testigo de que, cuando me dirijo a ustedes, no confundo el sí y el no; ¹⁹porque el Hijo de Dios, Jesucristo, el que nosotros con Silvano y Timoteo les predicamos, no fue un sí y un no, ya que en él se cumplió el sí; ²⁰en efecto, en él todas las promesas de Dios cumplieron el sí, y así nosotros por él respondemos amén, a gloria de Dios. ²¹Y es Dios quien nos mantiene, a nosotros y a ustedes, fieles a Cristo; quien nos ha ungido, ²²nos ha sellado y quien ha puesto el Espíritu como garantía en nuestro corazón.

Motivos del cambio de planes⁴

²³Juro por mi vida y pongo a Dios por testigo que, si no fui a Corinto, fue por consideración a ustedes. ²⁴□ Porque no somos dueños de su fe —ya que en la fe se mantienen firmes— sino colaboradores que queremos aumentarles la alegría.

2 ¹Decidí por mi cuenta no volver a visitarlos, para no afligirlos. ²Porque si yo los aflijo, ¿cómo puedo esperar que me dé alegría aquel a quien yo he afligido? ³Por eso les escribí, como lo hice, para que al llegar no me afligieran los que tenían que alegrarme, convencido como estaba de que mi alegría era también la de ustedes. ⁴Les escribí con gran angustia y ansiedad, derramandolágrimas, no para entristecerlos, sino para que conocieran el gran amor que les tengo.

³ **1,12-22 Cambio de planes.** Pablo pasa a deshacer un malentendido o a anular un reproche que, al parecer, le han hecho. En efecto, el itinerario proyectado incluía una segunda y una tercera visita a Corinto. La segunda, quizás para resolver personalmente los problemas locales (cfr. 13,1s). En vez de visitarles, les escribió una carta, y los corintios están quejosos de ese cambio de planes: Pablo promete y no cumple, parecen decir. En definitiva, están poniendo en duda su credibilidad apostólica.

Pablo se defiende de la manera como únicamente él sabe hacerlo, apelando al testimonio de Cristo Jesús que es quien dirige todos sus pasos e ilumina sus decisiones: «Ya no vivo yo sino es Cristo que vive en mí», afirmará en Gál 2,20. Es decir, no fue la prudencia humana la norma de su conducta con la comunidad sino la «sencillez y sinceridad que Dios pide» (12) y que son las características fundamentales de su ministerio apostólico. Acepta el hecho de que, por ahora, los corintios comprendan sólo en parte su actitud, por eso apela «al día del Señor», cuando la comprensión mutua entre él y su comunidad será total y «podrán sentirse orgullosos de nosotros, como nosotros de ustedes» (14). El «día del Señor» o el horizonte futuro de la victoria total de Jesucristo está siempre presente, actuando y dando sentido a la vida y el ministerio del Apóstol hasta en sus más mínimos detalles.

Pablo les dice que él no juega con la comunidad diciendo ahora sí y después no. El ejemplo de su conducta es Cristo Jesús, «el que nosotros con Silvano y Timoteo les predicamos» (19). En Cristo cumple Dios todas sus promesas, por lo cual Él es el «sí» puro y total; y Pablo lo reconoce con su «amén» que es la expresión del regalo de la fe (cfr. Ap 3,14). Termina diciendo que el Espíritu, puesto por Dios en nuestros corazones, es el «sello», la «garantía» (cfr. Ef,1,13; Jr 32,10s) del don futuro y definitivo.

⁴ **1,23-2,4 Motivos del cambio de planes.** Pablo justifica el cambio de planes y la cancelación de la visita. Dada la situación en Corinto, habría tenido que presentarse y actuar con gran severidad, causando profunda tristeza y provocando, quizás, un clima de tensión excesiva, cuando lo que hacía falta era gozo compartido. Por eso ha preferido afligir por carta, sanar a distancia. Al Apóstol le costó mucho escribir esa carta severa, de gran dureza —angustias, ansiedad, lágrimas— porque ama a los corintios. Se trata con toda probabilidad de la que se conserva fragmentariamente en los capítulos 10-13. No olvidemos que el Apóstol escribió varias cartas a la comunidad, de las que sólo sabemos por los fragmentos que el recopilador intercaló en la presente «segunda carta a los Corintios». La próxima visita será serena y gozosa, dice Pablo. El gozo tiene que ser sentimiento compartido. El Apóstol refleja esta situación en su forma de expresarse: la palabra «afligir», «aflicción» se repite ocho veces, en contraste siempre con el «consuelo».

Estos problemas concretos con los corintios le ofrecen a Pablo la oportunidad de ir señalando las características de todo ministerio apostólico o liderazgo cristiano, tan válidos para entonces como para ahora. Ha hablado antes de la sencillez y la sinceridad que hacen del líder cristiano una persona honesta y transparente. Ha hecho hincapié en la alegría que lleva consigo el anuncio del Evangelio y que es consecuencia de la fe. Sin alegría y gozo no hay Evangelio (cfr. Rom 14,17; Flp 4,4). Ha hablado del amor, de la comprensión y del perdón, que no están reñidos con la denuncia valiente y genuina. Finalmente, dice que no quiere ser el dueño de la fe de los corintios, sino un pastor atento. «Ser dueño» viene de la raíz de «señor». Y como el único Señor es Jesucristo, nadie puede ni debe sentirse dueño de los otros cristianos (cfr. 1 Pe 5,3).

Perdón para el ofensor⁵

⁵Si alguno me ha causado pena, no ha sido solamente a mí, sino en parte –por no exagerar–, a todos ustedes. ⁶Y a ése es suficiente el castigo que le ha impuesto la mayoría. ⁷Ahora en cambio hay que perdonarlo y animarlo, no sea que la pena excesiva acabe con él. ⁸Por eso les ruego reafirmen su amor para con él. ⁹Al escribirles quería ponerlos a prueba, a ver si eran capaces de obedecer en todo. ¹⁰A quien ustedes perdonen yo también le perdono; porque mi perdón, si algo tuve que perdonar, ha sido en atención a ustedes y en presencia de Cristo, ¹¹para no dar ventaja a Satanás, ya que conocemos bien sus intenciones.

¹²Cuando llegué a Tróade para anunciar la Buena Noticia de Cristo, porque el Señor me abrió las puertas, ¹³estuve muy preocupado porque allí no encontré a Tito mi hermano; así que me despedí de ellos y partí para Macedonia.

Prisionero del triunfo de Cristo⁶

¹⁴Doy gracias a Dios que siempre nos hace participar de la victoria de Cristo y por nuestro medio difunde en todas partes el aroma de su conocimiento. ¹⁵Porque nosotros somos el aroma de Cristo ofrecido a Dios, para los que se salvan y para los que se pierden. ¹⁶Para éstos olor de muerte que conduce a la muerte, para aquellos fragancia de vida que lleva a la vida. Pero, ¿quién está capacitado para una misión así? ¹⁷Porque nosotros no andamos, como muchos, traficando con la Palabra de Dios, sino que hablamos con sinceridad, como enviados de Dios, en presencia de Dios, y como miembros de Cristo.

Los corintios,

⁵ **2,5-13 Perdón para el ofensor.** Aunque parezca uno solo el ofendido, ofensa, castigo saludable y perdón tienen alcance comunitario. «Alguien» influyente en Corinto había agitado a otros contra Pablo, y todos deberían haberse dados por ofendidos. En asamblea comunitaria y movidos por la carta severa del Apóstol, la «mayoría» ha impuesto un castigo al culpable, quizás la exclusión temporal de la comunidad. La persona en cuestión se ha arrepentido y sufre profundamente; es hora de levantar el castigo para que no acabe con él; es hora de reconciliarlo con cariño.

Pablo, que con su carta quiso poner a prueba a los corintios, ahora parece satisfecho; es más, se siente como si no le hubieran ofendido (cfr. Col 3,13). Pide, pues, que se reúna de nuevo la asamblea para formalizar el perdón, contando con su voto positivo que va con la carta, y que Cristo inspire la decisión. De lo contrario, Satanás se aprovechará para atizar las discordias y socavar a la comunidad.

El portador de dicha carta fue Tito. Dado su amor por los corintios, es normal que Pablo no se diese descanso hasta ver de regreso a su querido compañero y conocer así la reacción de la comunidad. Más adelante, en 7,6, nos contará su encuentro con Tito y la inmensa alegría que le proporcionaron las buenas noticias de Corinto que le traía su compañero y colaborador. Mientras Tito estaba de viaje, Pablo tuvo también que salir de Éfeso –¿expulsado?–. Aunque aquí no se mencione, parece que en esos días tuvo lugar la fundación de una comunidad cristiana en Tróade. En Hch 20,6-12 se narra una eucaristía de despedida de Pablo en esta ciudad de la costa asiática del Egeo.

A continuación, el relato del viaje del Apóstol, apenas iniciado –continuará en 7,5–, se interrumpe para dar paso a una sección de la carta dedicada a ministerio apostólico.

⁶ **2,14-17 Prisionero del triunfo de Cristo.** Se da inicio a una sesión de teología/apología de su ministerio apostólico. Pablo comienza con una acción de gracias a Dios por haber sido asociado al cortejo triunfal de Cristo. La imagen está tomada de las marchas triunfales de los generales del imperio que entraban en Roma, entre nubes de incienso y aroma, exhibiendo en su séquito las riquezas arrebatadas al enemigo y los prisioneros hechos. Aquí el vencedor es Dios. Pablo, vencido y prisionero, marcha en el cortejo triunfal. Se alegra de desfilar como prisionero en el triunfo de Cristo, difundiendo su aroma que es la predicación evangélica.

La imagen tiene un sentido polémico contra «los muchos», no nombrados, que han tratado de embaucar a los corintios con espectáculos triunfalistas de milagros, éxtasis y visiones. Es de notar que, en la imagen del cortejo, Pablo no está como triunfador, sino como prisionero, humillado y fracasado, tal y como corresponde a un verdadero apóstol que antes de participar en el definitivo triunfo de Cristo tiene que llevar la cruz que su Señor llevó. El Evangelio proclamado desde esta experiencia de pobreza y contradicción, se convierte en aroma de Cristo. Es más, la misma persona del apóstol es ese aroma.

Es normal que el Evangelio proclamado desde la pobreza y la contradicción sea difícil de ser aceptado. Así ha sido siempre. Pablo expresa esta realidad forzando la metáfora del «perfume» al decir que para unos se convierte en olor de vida y para otros en olor de muerte (16).

La consecuencia no se deja esperar. Si el anuncio del Evangelio es cuestión de vida o muerte, ¿qué tipo de credenciales acreditarán la autenticidad del apóstol? ¿Quién es digno de ello? (16). Sólo los que, como él, «hablamos con sinceridad, como enviados de Dios, en presencia de Dios, y como miembros de Cristo» (17).

carta de recomendación de Pablo⁷

3¹¿Empezamos otra vez a recomendarnos? ¿Acaso necesitamos cartas de recomendación de ustedes o para ustedes? ²Ustedes son nuestra carta, escrita en nuestro corazón, reconocida y leída por todo el mundo. ³Nadie puede negar que ustedes son una carta de Cristo, que él redactó por intermedio nuestro, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo, no en tablas de piedra, sino en corazones de carne.

El ministerio de la nueva alianza⁸

(Éx 33,7-11; 34,29-35)

⁴Esta confianza en Dios la tenemos gracias a Cristo. ⁵No es que seamos capaces de atribuirnos algo como nuestro, ya que toda nuestra capacidad viene de Dios. ⁶Él nos capacitó para administrar una alianza nueva: que no se apoya en la letra, sino en el Espíritu; porque la letra mata, pero el Espíritu da vida.

⁷Pero si el ministerio que lleva a la muerte, con sus letras grabadas en piedra, se realizó con gloria, hasta el punto de que los israelitas no podían fijar la mirada en el rostro de Moisés, por el resplandor transitorio de su rostro, ⁸¿cómo no va a ser más glorioso el ministerio del Espíritu?

⁹Porque si el ministerio de la condena era glorioso, ¿cuánto más lo será el ministerio que conduce a la justicia? ¹⁰Más aún, lo que entonces resplandecía, ya no resplandece, opacado por un esplendor incomparable. ¹¹Si lo transitorio fue glorioso, ¿cuánto más glorioso será lo permanente?

¹²Animados con esa esperanza nos comportamos con toda franqueza. ¹³No como Moisés, que se cubría el rostro con un velo, para que los israelitas no vieran el fin de un esplendor pasajero. ¹⁴Con todo, se les oscureció su inteligencia y hasta hoy, cuando leen el Antiguo Testamento, aquel velo permanece, y no se descubre, porque sólo con Cristo desaparece. ¹⁵Hasta el día de hoy, cuando leen a Moisés, un velo les cubre la mente. ¹⁶Pero: al que se convierte al Señor, se le cae el velo. ¹⁷Porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad. ¹⁸Y nosotros todos, con el rostro descubierto, reflejamos, como en un espejo, la gloria del Señor, y nos vamos transformando en su imagen con esplendor creciente, bajo la acción del Espíritu del Señor.

7

3,1-3 Los corintios, carta de recomendación de Pablo. Toda la siguiente reflexión tiene un sabor polémico. Al parecer, algunos predicadores se presentaban en Corinto con cartas de recomendación –quizás de las autoridades de Jerusalén o de Antioquía–, cosa corriente tanto en la vida ciudadana como en la cristiana (cfr. Hch 18,27; Rom 16,1s; 1 Cor 4,10). Es probable que los opositores del Apóstol exhibieran estos documentos como garantía de legitimidad y tapadera de sus charlatanías.

Pablo pregunta retóricamente a los corintios si él tiene necesidad de recomendaciones. Responde con una imagen bellísima y audaz: ellos mismos, los corintios, son su carta de recomendación de Cristo. Combinando y oponiendo dos citas del Antiguo Testamento, el «decálogo» grabado en losas de piedra (cfr. Éx 24,12) y la ley impresa en el corazón (cfr. Jr 31,33; Ez 11,19), afirma que Cristo mismo es el autor de esa carta viva, «escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo, no en tablas de piedra, sino en corazones de carne» (3), y que él, Pablo, es el amanuense. Esta carta, escrita en el Espíritu, es la Nueva Alianza de la que el Apóstol afirma que es ministro, no por méritos propios, sino por el poder que Cristo le confirió.

8

3,4-18 El ministerio de la nueva alianza. Basándose en esta imagen tan sugerente, Pablo propone una reflexión sobre su ministerio apostólico comparado con el de Moisés. Toma las tradiciones –o leyendas– de Éx 33,7-11 y 34,29-35 y, jugando con los símbolos allí narrados –letra, tinta, ley escrita, piedras, mediación de Moisés, gloria, velo–, teje la contraposición entre ambos ministerios en términos audaces y extremos. Pablo no hace una interpretación literal del Antiguo Testamento, sino que se lanza a una reflexión original y libre que en la tradición judía era conocida como estilo «midrásico».

El contexto de estas reflexiones sigue siendo polémico. Aparentemente Pablo dirige toda su virulencia no contra la Ley de Moisés en cuanto tal, sino contra la predicación de aquellos falsos apóstoles, algunos de ellos probablemente judeo-cristianos, que no se habían desprendido aún de la mentalidad de la «ley antigua» –en realidad manipulaban a Moisés– y del prestigio y la «gloria» con que revestían su actividad misionera. En otras palabras, no habían comprendido la «novedad del Evangelio», y por tanto negociaban con la Palabra, la distorsionaban y callaban su mensaje.

El ministerio del Apóstol es tan absolutamente nuevo y todo lo demás tan relativo, que no duda en llamar a todo lo anterior –el ministerio de Moisés y, sobre todo, el de los supuestos misioneros que pretenden imitar a Moisés– «ministerio que lleva a la muerte» (7). El contraste tiene su fuerza al resaltar con la comparación «vida-muerte» la irrupción de la «vida» del Espíritu en el corazón de los corintios que está creando una nueva comunidad a la que el Apóstol no duda en llamar «alianza nueva» (cfr. Jr 31,31-34; Lc 22,20). A lo largo de todo su alegato, el Apóstol describe esta Nueva Alianza en oposición absoluta con la anterior. Es una Alianza de Espíritu, no de pura letra; da vida, mientras que la letra mata. Su ministerio es de absolución, no de condena; permanente, no transitorio; de resplandor incomparable frente a lo ya opaco; de transparencia y franqueza frente al ocultamiento.

Pablo vuelve de nuevo a la polémica hablando del «velo», pero no ya del de Moisés, sino del que se ponen sus adversarios ante los ojos y que les impide comprender lo que leen –véase el final de Hch 28,27–, es decir, que todas las Escrituras están llenas de la presencia del Señor que ahora se ha manifestado. Pablo no pierde, sin embargo, la esperanza. Cuando se conviertan, «vuelvan» al Señor, se removerá el velo, comprenderán las Escrituras y alcanzarán la libertad (Rom 9–11), pues «donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad» (17). El Apóstol alude al final a la gran transformación que la resurrección de Jesús, a través de su Espíritu, va operando en la comunidad de creyentes, que no es otra que la progresiva semejanza a Cristo mismo.

Predicación sincera⁹

4 ¹Por eso, habiendo recibido este ministerio por pura misericordia, no nos acobardamos; ²antes bien renunciamos a callar por vergüenza. No procedemos con astucia, falsificando la Palabra de Dios, sino que, declarando la verdad, nos encomendamos delante de Dios a la conciencia de quien sea. ³Y si nuestra Buena Noticia está oculta, la está solamente para los que se pierden: ⁴a quienes por su incredulidad el dios de este mundo les ha cegado la mente para que no les amanezca la claridad de la gloriosa Buena Noticia de Cristo, que es imagen de Dios. ⁵No nos anunciamos a nosotros, sino a Jesucristo como Señor, y nosotros no somos más que servidores de ustedes por amor de Jesús.

⁶El mismo Dios que mandó a la luz brillar en las tinieblas, es el que hizo brillar su luz en nuestros corazones para que en nosotros se irradie la gloria de Dios, como brilla en el rostro de Cristo.

Confianza en Dios¹⁰

⁷Ese tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea bien que ese poder extraordinario procede de Dios y no de nosotros. ⁸Por todas partes nos aprietan, pero no nos aplastan; andamos con graves preocupaciones, pero no desesperados; ⁹somos perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no aniquilados; ¹⁰siempre y a todas partes, llevamos en nuestro cuerpo los sufrimientos de la muerte de Jesús, para que también en nuestro cuerpo se manifieste la vida de Jesús. ¹¹Continuamente nosotros, los que vivimos, estamos expuestos a la muerte por causa de Jesús, de modo que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. ¹²Así la muerte hace su obra en nosotros, y en ustedes, la vida. ¹³Pero como poseemos el mismo espíritu de fe conforme a lo que está escrito: *creí y por eso hablé*, también nosotros creemos y por eso hablamos, ¹⁴convencidos de que quien resucitó al Señor Jesús, nos resucitará a nosotros con Jesús y nos llevará con ustedes a su presencia. ¹⁵Todo esto es por ustedes, para que, al multiplicarse la gracia entre muchos, sean también numerosos los que den gracias para gloria de Dios.

Esperanza de la gloria

¹⁶Por tanto no nos acobardamos: si nuestro exterior se va deshaciendo, nuestro interior se va renovando día a día. ¹⁷A nosotros la angustia presente, que es liviana y pasajera, nos prepara una

⁹ **4,1-6 Predicación sincera.** Pablo reivindica su ministerio respondiendo a las acusaciones de sus enemigos. Dice que el ministerio es puro don y por ello impone responsabilidad (cfr. 1 Tim 2,5). A la franqueza y sinceridad responsable que antes mencionó se oponen dos tácticas: ocultar con vergüenza y deformar por astucia.

Pablo, que apelaba antes al juicio de su propia conciencia, se somete ahora al juicio de la conciencia de los otros (1,12), pero «en la presencia de Dios», es decir, pidiendo honestidad en los razonamientos. Ni la codicia, la adulación, la hipocresía o la adulteración de la Palabra –de todo esto le acusaban– forman parte de su proceder como apóstol. Se le podría objetar: si el mensaje es tan valioso y el que lo transmite tan sincero, ¿cómo se explica que tantos lo rechacen, no sólo judíos sino también paganos? Responde: no está encubierto el mensaje, sino que muchos se niegan a creer voluntariamente (cfr. Is 6,9; 56,10); son aquellos a quienes «por su incredulidad el dios de este mundo les ha cegado la mente para que no les amanezca la claridad de la gloriosa Buena Noticia de Cristo» (4).

Pablo sigue su defensa afirmando que él no se anuncia a sí mismo sino a Cristo y su ministerio es de servicio, llevado a cabo en la humildad, en la pobreza y en el sufrimiento. Es un ministerio sin brillo ni prestigio humanos. Sin embargo, es precisamente en esta oscuridad donde aparece y se experimenta la gloria de Dios que resplandece en el rostro de Jesús (cfr. Is 9,1).

¿Está recordando el Apóstol su camino de Damasco, cuando la luz de Cristo brilló en las tinieblas de su ceguera? ¿Está defendiendo su compromiso evangelizador llevado a cabo en la oscuridad de la humildad y la pobreza donde brilla la luz de Cristo? Éste es el ministerio que Pablo defiende contra sus detractores.

¹⁰ **4,7-15 Confianza en Dios.** Estamos llegando a la parte central de la carta. Hasta aquí, Pablo se ha defendido de los predicadores adversarios. Ahora va a exponer su «ideal» de la misión de un apóstol de Cristo. Habla con el corazón en la mano, curtido por largos años de experiencia misionera. Comienza con la imagen bíblica de las «vasijas de barro» que recuerdan la creación del hombre y de la mujer del barro de la tierra (cfr. Gn 2,7; Sal 103,14); también puede aludir a Jeremías en el taller del alfarero (cfr. Jr 18,1-17). La «fuerza de Dios» rebasa la capacidad de la vasija y rebosa demostrando su acción. Lo importante es lo que el envase «contiene», no el recipiente en sí. El contenido es el tesoro. Pablo es esa vasija de barro: pura fragilidad humana, agudizada por los avatares de su apostolado.

El Apóstol nunca ha ocultado en sus cartas sus sufrimientos y penalidades (cfr. 11,23b-29; 12,10; Rom 8,35). Aquí, sin embargo une sufrimientos a triunfos en una lista de antítesis que va a vincular a la paradoja entre la muerte y vida de Jesús. No cede al temor de verse aplastado (cfr. Ez 2,6) ni pide el milagro de verse libre de dificultades (cfr. Jr 45): sería negar una parte esencial del misterio pascual de Jesús, su cruz.

Pablo está convencido de que «un crucificado» es el mensajero más apto del Crucificado. Pero así como la muerte de Cristo acabó en vida para él y para todos, así los sufrimientos del Apóstol son fuente de vida para la comunidad: muerte en nosotros y en ustedes la vida (12). Con esa esperanza, el Apóstol sobrelleva gozosa y confiadamente sus desgracias, haciendo suyo un verso del Salmo 116,10: «creí y por eso hablé» (13), para terminar afirmando que «quien resucitó al Señor Jesús, nos resucitará a nosotros con Jesús y nos llevará con ustedes a su presencia» (14).

gloria perpetua que supera toda medida, ya que tenemos la mirada puesta en lo invisible, no en lo visible, ¹⁸porque lo visible es pasajero, pero lo que no se ve es para siempre.

5 ¹Sabemos que, si esta tienda de campaña, nuestra morada terrenal, es destruida, tenemos una vivienda eterna en el cielo, no construida por manos humanas, sino por Dios. ²Entre tanto suspiramos con el deseo de revestirnos de aquella morada celestial; ³porque una vez revestidos de ella, ya no estaremos desnudos. ⁴Mientras vivimos en esta tienda de campaña suspiramos afligidos, porque no querríamos desvestirnos, sino revestirnos, de modo que lo mortal fuera absorbido por la vida. ⁵Y quien nos preparó precisamente para ello es Dios, que nos dio como garantía el Espíritu.

⁶Por eso tenemos siempre confianza y sabemos que mientras el cuerpo sea nuestra patria, estaremos en el destierro, lejos del Señor. ⁷Porque ahora no podemos verlo, sino que vivimos sostenidos por la fe. ⁸Pero tenemos confianza, y preferiríamos salir de este cuerpo para residir junto al Señor. ⁹En cualquier caso, en la patria o desterrados, nuestro único deseo es serle agradables. ¹⁰Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, para recibir el pago de lo que hicimos, el bien o el mal mientras estábamos en el cuerpo.

El criterio de la fe¹¹

¹¹Por eso, conscientes del respeto que le debemos al Señor, procuramos convencer a los hombres. Dios ya nos conoce plenamente y espero que también ustedes nos conozcan de la misma manera. ¹²Y no intentamos otra vez recomendarnos ante ustedes; deseamos más bien darles ocasión de estar orgullosos de nosotros frente a los que presumen de apariencias y no de lo que hay en el interior. ¹³Si perdemos la cordura, es por Dios, si nos controlamos, es por ustedes. ¹⁴Porque el amor de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos murieron. ¹⁵Y murió por todos para que los que viven no vivan para sí, sino para quien por ellos murió y resucitó. ¹⁶De modo que nosotros de ahora en adelante no consideramos a nadie con criterios humanos; y si un tiempo consideramos a Cristo con criterios humanos, ahora ya no lo hacemos.

¹¹

5,11-16 El criterio de la fe. Pablo sigue defendiendo su ministerio frente a ataques y reticencias. Se puede leer entre líneas lo que sus enemigos le achacaban, ser un visionario y un exaltado. ¿Pretendían socavar por ahí su autoridad como apóstol? La línea de defensa de Pablo es el respeto debido al Señor (11), que le hace estar siempre como al desnudo ante su presencia. De ahí la sinceridad y la franqueza con que siempre ha procedido en su ministerio. Espera que los corintios reconozcan también esta transparencia de su actuar. Es más, por lo que vale y porque lo manifiesta con sinceridad y modestia, los corintios pueden estar orgullosos de su apóstol y enfrentarse con los que aparentan sin tener sustancia.

Hay que entender esta frase en su contexto polémico. Había gente en Corinto que negaba los méritos de Pablo para afirmar su propia valía y autoridad. A la luz de 11,19-22 podría decirse que se trata de líderes cristianos judaizantes que se jactaban de algo externo como la circuncisión. Frente a ellos, ¿qué deben hacer los corintios? Cerrar filas y afirmar el valor y la autoridad de su apóstol.

Por lo demás, Pablo en todo procede con respeto a Dios y amor a Cristo; un amor que corresponde al amor sacrificado del Señor. Vivir para Cristo es vivir sin egoísmo el amor a los hermanos y hermanas (cfr. Gál 5,13-15; Rom 14,15). Para el Apóstol esto es amar y comprender a Cristo superando criterios puramente humanos.

En su primera época, Saulo juzgaba a Jesús con criterios inadecuados y lo perseguía. Hasta que se le reveló en el camino de Damasco. Desde aquel momento, Pablo empezó a comprender de otra manera. Esta nueva manera de juzgar es la que él quiere que usen los corintios, no solamente con él mismo sino con todos sin excepción.

El mensaje de la reconciliación¹²

¹⁷Si uno es cristiano, es una criatura nueva. Lo antiguo pasó, ha llegado lo nuevo. ¹⁸Y todo es obra de Dios, que nos reconcilió con él por medio de Cristo y nos encomendó el ministerio de la reconciliación. ¹⁹Es decir, Dios estaba, por medio de Cristo, reconciliando el mundo consigo, sin tener en cuenta los pecados de los hombres, y confiándonos el mensaje de la reconciliación. ²⁰Somos embajadores de Cristo y es como si Dios hablase por nosotros. Por Cristo les suplicamos: Déjense reconciliar con Dios. ²¹A aquel que no conoció el pecado, Dios lo trató por nosotros como un pecador, para que nosotros, por su medio, fuéramos inocentes ante Dios.

El ministerio apostólico¹³

6 ¹Como colaboradores de Dios los exhortamos a no recibir en vano la gracia de Dios. ²Porque él nos dice en la Escritura:
*En el tiempo favorable te escuché,
en el día de la salvación te auxilié.*
Miren, éste es el tiempo favorable, éste el día de salvación.
³Procuramos no dar a nadie ocasión alguna para desacreditar nuestro ministerio. ⁴En todo momento demostramos ser verdaderos ministros de Dios: con mucha paciencia soportamos tribulaciones, penurias, angustias, ⁵azotes, cárceles, motines, fatigas, noches sin dormir y ayunos. ⁶Nosotros obramos con integridad, inteligencia, paciencia y bondad; con docilidad al Espíritu Santo, con amor no fingido, ⁷en nosotros está la verdad y la fuerza de Dios. Usamos las armas de la justicia a diestra y siniestra. ⁸En la honra y en la deshonra, sea que gocemos de buena o de mala fama. ⁹Nos tratan como a mentirosos a pesar de que decimos la verdad, como a desconocidos cuando somos bien conocidos, como moribundos cuando estamos llenos de vida, como castigados pero no ejecutados, ¹⁰como tristes aunque estamos siempre alegres, como pobres aunque hemos enriquecido a muchos, como necesitados aunque lo poseemos todo.

¹² **5,17-21 El mensaje de la reconciliación.** Llegamos a la parte exhortativa de esta sección de la carta. Pablo ha defendido la autenticidad de su misión entre los corintios contra los oportunistas y falsos apóstoles que la estaban socavando con críticas y difamaciones. El Apóstol desea la reconciliación, y no solamente a título privado, sino como mediador de la fe de su querida comunidad. Es decir, lo que está verdaderamente en juego no son sus relaciones estrictamente personales con los corintios, sino la comprensión y aceptación por parte de éstos del Evangelio que les ha anunciado.

El asunto es grave, afecta nada menos que a la salvación de la comunidad. ¿Cómo podrán reconciliarse con Dios sin que esta reconciliación pase por la reconciliación con el enviado y embajador de Cristo, cuyo servicio es justamente el «ministerio de reconciliación»? La lógica de Pablo es aplastante. El Apóstol comienza señalando la consecuencia fundamental para el cristiano de la muerte y resurrección de Cristo: la creación de una nueva humanidad integrada por criaturas nuevas (cfr. Sal 51,12). Este paso de lo «antiguo» a lo «nuevo» es concebido por Pablo como una «reconciliación radical con Dios» que afecta no solamente a las conductas individuales «antiguas», sino que está inaugurando la fase definitiva de la historia de la salvación. Es la vuelta del destierro (cfr. Is 43,18) a un cielo nuevo y a una tierra nueva (cfr. Is 65,17).

El ser humano, por sí mismo, es incapaz de reconciliarse con Dios. Es Dios, en su gran amor, quien decide hacerlo, y lo hace por medio de Cristo que carga con las culpas ajenas (cfr. Is 53,12). El ser humano simplemente se deja reconciliar, responde a la oferta removiendo obstáculos y aceptando.

Para explicar cómo se realiza esta reconciliación, el Apóstol usa una de esas frases en que apura la expresión hasta los límites del lenguaje. Dice literalmente en griego: «A aquel que no conoció el pecado, Dios lo trató por nosotros como un pecador, para que... fuéramos inocentes ante Dios» (21). Sopesa, mide y calcula cada palabra (cfr. Rom 8,3).

En realidad, con esta frase Pablo no explica nada, ni lo pretende, ni quiere hacer teología alguna sobre la redención. ¿Cómo se puede explicar lo inexplicable?

El Apóstol sólo intenta verter en estas expresiones torturadas –en Gál 3,13 dirá que Cristo se hizo por nosotros «maldición»– su asombro ante la locura del amor infinito y sin condiciones de Dios por todos nosotros, manifestado en la muerte en la cruz de su hijo Jesús. Pablo lo experimentó en Damasco y quiere transmitir su experiencia a los corintios.

¹³ **6,1-13 El ministerio apostólico.** Pablo vuelve a interpelar a su querida comunidad a que se convierta, y lo hace como colaborador de Dios en este ministerio de reconciliación. No habla en abstracto, el contexto de su nueva exhortación es siempre el mismo: si los corintios le rechazan como apóstol, están rechazando no sólo su persona sino también el Evangelio que él anuncia. De ahí la insistencia machacona del Apóstol en defender su conducta misionera.

Es impresionante la importancia que da Pablo a que el «mensajero» se identifique con el «mensaje». No hace sino imitar a su Señor, «el testigo fiel» (Ap 1,5), cuya persona misma era «el Evangelio». Así pues, más que autodefensa de su ministerio, Pablo nos va a dar en estos versículos el retrato de lo que debe ser un servidor del Evangelio, o mejor aún, nos va a mostrar el Evangelio en acción. Tan importante es esta llamada del Apóstol a la conversión y reconciliación de los corintios que no duda en aprovechar el texto bíblico de Is 49,8 para decirles que el tiempo favorable de salvación anunciado por el profeta ha llegado para ellos justamente ahora, al tener esta carta en sus manos.

Si el evangelio de Pablo es Cristo y Cristo crucificado, el mensajero y ministro del Evangelio no puede ser sino un «crucificado» también. Así es como Dios capacita y acredita a su ministro. Esto es lo que los corintios no acababan de comprender, y esto es lo que quiere hacerles entender con la larga alusión a sus tribulaciones, tristezas, penurias, cárceles, pobreza, etc. Paradójicamente, este camino de cruz es la marcha triunfal de una persona que también está participando ya del poder de la resurrección. Por eso está viva y alegre, enriquece a todos con su pobreza, lo posee todo en su necesidad, tiene un corazón ancho y dilatado donde caben todos y todas.

Pablo termina dirigiéndose a sus queridos corintios con una conmovedora petición: que hagan un hueco en su corazón para él, Pablo, y para el Evangelio que les anuncia.

¹¹Para ustedes, corintios, mi boca se abre con franqueza, mi corazón está dilatado. ¹²Dentro de mí están todos ustedes, aunque en su corazón, no hay lugar para nosotros. ¹³Como a hijos les pido el pago correspondiente: también ustedes abran su corazón.

Templo de Dios¹⁴

¹⁴No se unan ustedes en un mismo yugo con los que no creen. ¿Qué tienen en común justicia e injusticia?, ¿puede la luz convivir con las tinieblas?, ¹⁵¿o haber armonía entre Cristo y Beliar?, ¿qué hay en común entre el creyente y el infiel? ¹⁶¿Es compatible el santuario de Dios con los ídolos? Porque nosotros somos santuario del Dios vivo. Como dijo Dios:

Habitaré entre ellos

y me trasladaré con ellos.

Seré su Dios y ellos serán mi pueblo.

¹⁷Por tanto, *salgan de en medio*

y apártense de ellos –dice el Señor–.

No toquen lo impuro, y yo los recibiré.

¹⁸*Seré para ustedes un Padre*

y ustedes serán mis hijos e hijas

–dice el Señor Todopoderoso–.

7 ¹Ya que tenemos estas promesas, queridos míos, purifiquémonos de toda impureza de cuerpo y espíritu, haciendo realidad la obra de nuestra santificación y respetando a Dios.

Reacción de los corintios y de Pablo¹⁵

²Háganme un lugar en su corazón: a nadie hemos perjudicado, a nadie arruinado, a nadie explotado. ³No lo digo como reproche, ya les he dicho que los llevo en el corazón, unidos en la vida y en la muerte. ⁴Puedo hablarles con plena franqueza y sentir plena satisfacción por ustedes. Estoy lleno de consuelo, y desborde de gozo en medio de todas las pruebas. ⁵Ni siquiera al llegar a Macedonia encontré alivio corporal, sino toda clase de adversidades: por fuera ataques, por dentro temores. ⁶Pero Dios, que conforta a los abatidos, nos confortó con la llegada de Tito. ⁷No sólo con su llegada, sino también con el consuelo que había recibido de ustedes: él me contó el afecto, el dolor, y la preocupación que ustedes tienen por nosotros; y eso me alegró aún más.

⁸Si les causé tristeza con mi carta, no lo lamento; sí lo lamenté al comprobar que aquella carta de momento los había entristecido, ⁹ahora me alegro: no de su tristeza, sino del arrepentimiento que provocó en ustedes. Su tristeza provenía de Dios, de manera que nosotros no les hemos hecho ningún daño. ¹⁰La tristeza por voluntad de Dios produce un arrepentimiento saludable e irreversible; la tristeza por razones de este mundo produce la muerte. ¹¹Fíjense bien cuántas cosas ha suscitado en ustedes la tristeza que proviene de Dios: cuánta solicitud, cuántas excusas, cuánta indignación, cuántos respetos, cuánta añoranza, cuánto afán, cuánto escarmiento. Han demostrado plenamente que en este asunto no son culpables. ¹²Así que, si les escribí, no fue por el ofensor ni por el ofendido, sino para que descubrieran por ustedes mismos y delante de Dios la

¹⁴ **6,14–7,1 Templo de Dios.** Aquí Pablo interrumpe bruscamente el hilo de su discurso. Si esta segunda carta a los corintios es la recopilación posterior de varias cartas hoy perdidas, este pasaje parece corresponder a la llamada «carta previa» (cfr. 1 Cor 5,9), en la que Pablo, al poco tiempo de haber fundado la comunidad de Corinto, es bastante rigorista en sus consejos. Si los cristianos recién convertidos permanecen en estrecho contacto con los paganos corren el peligro de recaer ellos mismos en el paganismo.

Pablo, pues, les exhorta, breve pero vehementemente, a distanciarse, separarse y diferenciarse del mundo pagano en que viven, como los hebreos en Egipto o en Babilonia. La situación de los cristianos nuevos en Corinto explica esta preocupación y el tono categórico, extremado, de las recomendaciones. La incompatibilidad entre Cristo y los ídolos aparece con la misma energía que en 1 Cor 10,20s. De todo el flujo de preguntas retóricas surge la gran afirmación de la comunidad como templo de Dios (cfr. 1 Cor 3,16; 6,19).

¹⁵ **7,2-16 Reacción de los corintios y de Pablo.** Los versículos 2-4 retoman el hilo de 6,13 y parecen ser como el final de su defensa. Pablo, en una última exhortación llena de ternura y emoción, manifiesta a los corintios el lugar que ellos ocupan en su corazón y pide que le den cabida a él también en el de ellos. ¿Cómo pueden, pues, prestarse a las acusaciones que lo pintan perjudicando y arruinando a la comunidad? Por si acaso su defensa ha sido demasiado fuerte e incisiva, el Apóstol les asegura que su intención no es acusar o condenar. Tiene la confianza de que su defensa surtirá efecto y así lo expresa anticipando la alegría y el gozo de una reconciliación que desea y está seguro que se producirá.

Los versículos 5-16 parecen empalmar directamente con el hilo interrumpido en 2,13 en que iba contando familiarmente a los corintios sus tribulaciones; una de ellas es el sufrimiento por Tito, pues lo envió a Corinto para una misión difícil y tarda en regresar. De ahí que el versículo 5 comience por los «temores» que le producían tal situación. El ansiado encuentro tuvo lugar, por fin, en Macedonia, probablemente en Filipos. Fue un momento gozoso para el Apóstol no sólo por volver a ver a Tito sino, sobre todo, por las buenas noticias que éste le traía. Con su buena mano, ha hecho entrar en razón a los corintios y los ha recuperado para Pablo. El «afecto» por el Apóstol es la nueva actitud de la comunidad. El «dolor» es por las desavenencias pasadas. Pablo no se avergüenza de poner su corazón al descubierto y manifestar cuánto necesitaba en medio de sus tribulaciones del afecto recuperado de su comunidad. Sus palabras finales aluden a la alegría por la confianza mutua reestablecida.

preocupación que ustedes tienen por nosotros. Lo cual me llenó de consuelo. ¹³A nuestro consuelo se añadió la alegría inmensa por el gozo de Tito, que había quedado satisfecho de ustedes. ¹⁴Y si había presumido de ustedes ante él, no quedé mal; todo lo contrario, de la misma manera que siempre les he dicho la verdad, así nuestro orgullo por ustedes ante Tito resultó justificado. ¹⁵Y su cariño por ustedes crece cuando recuerda la obediencia y la meticulosa atención con que lo recibieron. ¹⁶¡Cuánto me alegro de poder confiar plenamente en ustedes!

La colecta para Jerusalén¹⁶

8 ¹Quiero informarles, hermanos, de la gracia que Dios concedió a las Iglesias de Macedonia. ²En medio de una prueba grave desbordaban de alegría; en su extrema pobreza derrocharon generosidad. ³Hicieron todo lo que podían, lo atestigo, incluso más de lo que podían. ⁴Espontáneamente y con insistencia nos pedían el favor de participar en este servicio a los consagrados. ⁵Superando mis esperanzas, ofrecieron sus personas primero a Dios y después a nosotros, según la voluntad de Dios. ⁶Así que hemos pedido a Tito que, ya que comenzó, termine entre ustedes esta generosa tarea. ⁷Y como tienen abundancia de todo, de fe, elocuencia, conocimiento, fervor para todo, afecto a nosotros, tengan también abundancia de esta generosidad. ⁸No lo digo como una orden, sino que, viendo el entusiasmo de otros, quiero comprobar si el amor de ustedes es genuino.

El ejemplo de Cristo pobre¹⁷

⁹Ya conocen la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza.

¹⁰Les doy mi opinión en este asunto: ya que el año pasado tomaron la iniciativa del proyecto y de su ejecución, ¹¹ahora les conviene llevarlo a término. Así al entusiasmo por proyectarlo responderá el realizarlo, según sus posibilidades. ¹²Porque donde hay entusiasmo, se acepta lo que sea, no se pide imposibles. ¹³No se trata de que ustedes sufran necesidad para que otros vivan en la abundancia sino de lograr la igualdad. ¹⁴Que la abundancia de ustedes remedie por ahora la escasez de ellos, de modo que un día la abundancia de ellos remedie la escasez de ustedes. Así habrá igualdad. ¹⁵Como está escrito:

*A quien recogía mucho no le sobraba,
a quien recogía poco no le faltaba.*

¹⁶Doy gracias a Dios, que inspiró a Tito la misma solicitud que yo tengo por ustedes. ¹⁷Él, no solamente respondió a mi ruego, sino que de buena gana y con toda diligencia se puso en camino hacia ustedes.

¹⁸Enviamos con él al hermano que se ha hecho famoso en todas las Iglesias como predicador de la Buena Noticia. ¹⁹Más aún, ha sido designado por las Iglesias como nuestro compañero de viaje en esta colecta que administramos a gloria del Señor y con nuestro mejor deseo.

¹⁶ **8,1-8 La colecta para Jerusalén.** «Colecta», en nuestro lenguaje de hoy, no va más allá de una limosna puntual y esporádica que no implica necesariamente la solidaridad radical con los pobres, tan estrechamente ligada al Evangelio de Cristo. Por eso, la palabra «colecta» no traduce en toda su dimensión este servicio a los pobres del que va a hablar Pablo, y que forma parte del mensaje de la carta. El Apóstol comienza llamando «gracia» a este servicio a los pobres. Poder dar y dar generosamente es «gracia de Dios». Dios es el gran «dador», que da a los hombres y mujeres el ejemplo de dar y de qué dar (cfr. Sal 136,25; 145,16).

Macedonia fue la primera zona europea misionada por Pablo; allí se encontraban los primeros enclaves cristianos a los que Pablo presenta como ejemplo. Aunque algunas ciudades de Macedonia eran ricas, no así los cristianos y cristianas. Eran pobres de medios, pero ricos en generosidad (cfr. Lc 21,1-4). Es además una generosidad que toma la iniciativa, pide, insiste, considera un favor poder contribuir (cfr. Hch 11,29). También con sus personas, que es el tipo más valioso de prestación. El servicio al pobre necesitado coincide con el servicio a Dios. Después de esta especie de introducción sobre la solidaridad, Pablo entra en el asunto de la colecta de los corintios, que seguramente fue interrumpida por las desavenencias entre la comunidad y el Apóstol.

¿Quién mejor, pues, que Tito, para hacer nuevamente de intermediario? Con tacto y diplomacia, el Apóstol presenta su mandato como la oferta de un beneficio. A las cualidades ya reconocidas y demostradas de la comunidad –fe, elocuencia, conocimiento, fervor–, ¿por qué no hacer patente y efectiva la cualidad más importante, que seguramente también tienen: la abundancia de su generosidad?

¹⁷ **8,9-24 El ejemplo de Cristo pobre.** Pablo continúa con una serie de argumentos que estarían a la base de todo servicio de la comunidad cristiana a los pobres, o de la «opción por los pobres», como diríamos hoy.

El primero es el ejemplo de Cristo, su generosidad que funda y da sentido a la caridad y solidaridad cristianas: «siendo rico, se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza» (9). No sería hacer justicia al argumento de Pablo si nos fijáramos «solamente» en el «empobrecimiento existencial» de Cristo, que siendo Dios asumió la «pobre» condición humana.

Con toda probabilidad, el Apóstol está insistiendo aquí en que esa pobreza «existencial» de Cristo se manifestó también en la pobreza «económica y social» con que Jesús de Nazaret se identificó y solidarizó con los marginados y económicamente pobres (cfr. Flp 2,5-11). De ahí que la «riqueza» que nos trajo la «pobreza» asumida y voluntaria del Señor, argumenta Pablo, deba ser no sólo «riqueza espiritual» sino también eliminación de la pobreza económica a través de la solidaria redistribución de bienes. Más adelante, y desde otro ángulo, el Apóstol insiste en lo mismo: en el logro de la igualdad, la eliminación de la pobreza. En los Hechos de los Apóstoles se dice que no había indigentes entre ellos (Hch 4,34). ¿Está Pablo proponiendo la misma «utopía»? Sin duda alguna. Es una utopía cristiana que se va realizando a través de hechos concretos, como éste de la contribución económica de los corintios.

²⁰Queremos evitar cualquier crítica a nuestra gestión de la abundante colecta que tenemos a nuestro cuidado. ²¹Por eso procuramos agradar no sólo a Dios, sino también a los hombres.

²²Enviamos con ellos otro hermano cuya diligencia hemos comprobado en muchas ocasiones, y mucho más ahora, por su confianza en ustedes.

²³Ya se trate de Tito, compañero y colaborador nuestro al servicio de ustedes, ya de nuestros hermanos, delegados de las Iglesias y gloria de Cristo, ²⁴denles pruebas de su amor y demuestren ante ellos y ante las Iglesias el orgullo que siento por ustedes.

Insistencia en la colecta¹⁸

9¹Acerca de este servicio a favor de los consagrados no necesito escribirles más ²porque conozco la buena disposición de ustedes y presumo de ella ante los macedonios, diciéndoles que Acaya está preparada desde el año pasado y que el entusiasmo de ustedes ha servido de estímulo a muchos más. ³Les envío a los hermanos para que nuestro orgullo por ustedes no resulte infundado en este asunto. Así que, como les decía, estén preparados. ⁴Porque si llegan conmigo los macedonios y los encuentran mal preparados, nosotros, por no decir ustedes, quedaremos defraudados en nuestras esperanzas. ⁵Por eso juzgué necesario rogar a los hermanos que se adelanten y vayan preparando su donativo prometido: así preparado parecerá acto de generosidad y no de extorsión. ⁶Según aquello: A siembra mezuquina cosecha mezuquina, a siembra generosa cosecha generosa.

⁷Cada uno aporte lo que en conciencia se ha propuesto, no de mala gana ni a la fuerza, porque Dios ama al que da con alegría. ⁸Y Dios puede colmarlos de dones, de modo que, teniendo siempre lo necesario, les sobre para hacer toda clase de obras buenas. ⁹Como está escrito:

*reparte limosna a los pobres,
su limosna es constante, sin falta.*

¹⁰Dios que provee la semilla al sembrador y el pan para comer, proveerá y multiplicará la semilla de ustedes y les hará crecer la cosecha de su limosna. ¹¹Así enriquecidos, la generosidad de ustedes se transformará por nuestro medio en acción de gracias a Dios.

¹²Porque este acto de servicio no sólo remedia las necesidades de los consagrados, sino que moverá a muchos a dar gracias a Dios.

¹³Apreciando este servicio, ellos darán gloria a Dios por la obediencia con que ustedes confiesan la Buena Noticia de Cristo y por la solidaridad generosa para con ellos y con todos. ¹⁴Y rezarán por ustedes con todo su afecto, al ver la gracia extraordinaria que Dios les ha concedido.

¹⁵Demos gracias a Dios por su don inefable.

¹⁸

9,1-15 Insistencia en la colecta. Lo que sigue, si no es el fragmento de otra carta sobre el mismo asunto, recogida aquí por tratar del mismo tema, equivale a una insistencia templada por la discreción. Pablo quiere impulsar sin forzar; acumula argumentos y los repite. Aunque la mayoría de los corintios, provenientes del paganismo, no captaran las alusiones bíblicas, lo cierto es que las resonancias de la Biblia estructuran todas las reflexiones del Apóstol. Aquí tenemos un buen ejemplo de ello.

A través de citas del Antiguo Testamento nos expone algo así como la gran «lección del dar». Dios es el «dador» por excelencia; da el buen deseo (cfr. Éx 35,29; 36,3-7) y los medios con qué dar. La tierra es el don primario de Dios. El que posee, da al necesitado (cfr. Dt 15,1-11; Sal 112; Eclo 14,3-6). Unos y otros dan gracias a Dios.

Aunque aparentemente es un asunto económico, el compartir los bienes tiene para el Apóstol una dimensión religiosa fundamental; por eso utiliza los vocablos favoritos que suele usar para describir la auténtica comunidad cristiana. Habla de servicio, «diakonía»; de solidaridad/comunión, «koinonía»; de gracia o don, «jaris».

En el pensamiento de Pablo, esta «comunión» se va a realizar de un modo concreto entre sus Iglesias de la diáspora —entre ellas la de Corinto— las que prestarán este servicio de solidaridad y la Iglesia Madre de Jerusalén que dará gloria a Dios por los servicios recibidos. Ambas actitudes, don y gloria a Dios constituyen, para el Apóstol, confesión humilde del Evangelio (13). Así se construye la comunidad cristiana.

Defensa polémica de Pablo¹⁹

10¹Por la bondad y mansedumbre de Cristo les ruego yo, Pablo, el tímido cuando estoy cerca y el audaz cuando estoy lejos de ustedes. ²Les pido que cuando llegue no me vea obligado a actuar con severidad, porque me siento seguro para hacerlo, con aquellos que me acusan de proceder con criterios humanos. ³Aunque procedo como hombre que soy, no estoy bajo las órdenes del instinto; ⁴porque las armas de mi combate no son humanas, sino son el poder de Dios para demoler fortalezas, destruir teorías ⁵y todo tipo de soberbia que se levante contra el reconocimiento de Dios. Hacemos prisionero a todo razonamiento, sometiéndolo a Cristo, ⁶y estamos dispuestos a castigar cualquier rebeldía, una vez que ustedes lleguen a obedecer perfectamente.

⁷Ustedes se fijan solamente en las apariencias. Quien esté convencido de ser cristiano debe caer en la cuenta de que cristianos también lo somos nosotros. ⁸Y aunque me gloriara más de la cuenta de la autoridad que me confirió el Señor sobre ustedes, para construir y no para destruir, no sentiría vergüenza.

⁹No quiero dar la impresión de que pretendo atemorizarlos con mis cartas. ¹⁰Algunos dicen: las cartas sí, son graves y enérgicas, pero cuando está es un hombre de presencia insignificante y su palabra es despreciable. ¹¹Sepa quien tal cosa dice que lo que soy a distancia y de palabra, lo seré de cerca y de obra.

¹⁹

10,1-11 Defensa polémica de Pablo. El cambio brusco de tema y de tono respecto a los capítulos precedentes hace pensar a no pocos expertos, que se trata del fragmento de otra carta, quizás escrita antes de 7,5-16 y antes de los capítulos 8s.

Si no fuera así, ¿cómo explicar lógicamente que en los capítulos 8s espere Pablo la contribución económica de la comunidad en un contexto de reconciliación y armonía y a renglón seguido (10–13) se lance a la defensa de su apostolado descargando contra sus enemigos inyectivos tan vehementes? Quede la cuestión para los estudiosos.

Sea lo que sea, estos capítulos finales de la carta nos regalan la rica y apasionada humanidad de un Pablo que sabe ser agresivo y desafiante, irónico y sincero como el que más. La cuestión era de vital importancia porque estaba en juego la legitimidad de su misión, o lo que es lo mismo, la legitimidad del Evangelio que había anunciado a los corintios y que estaba en peligro ante los ataques de algunos advenedizos.

Es un texto apasionado que fluye sin aparente arquitectura. La cólera del Apóstol se derrama en frases irónicas, incluso sarcásticas. Lanza ataques frontales, finge hacer teatro para hablar de sí más libremente. Como siempre, entremezcla principios doctrinales. Al trasluz de su apología podemos vislumbrar las actitudes y los ataques de sus rivales a los que el Apóstol no duda en llamar «superapóstoles», «falsos apóstoles», «ministros de Satanás», «locos» y otros calificativos por el estilo.

Las acusaciones se centran en su persona y en el proceder de su ministerio. ¿Qué clase de apóstol podría ser un pobre hombre sin recomendaciones ni prestigio que ni siquiera había conocido personalmente al Señor, desmembrado físicamente, sin elocuencia ni sabiduría, que se empeñaba en trabajar con sus manos para su sustento sin aceptar la ayuda de la comunidad, «fuerte» con los corintios «de lejos y por carta», pero débil, cobarde y falto de energía cara a cara? Dicho de otra manera: ¿Qué se podía esperar de un pobre loco con tales credenciales?

Pablo se defiende presentando «la bondad y mansedumbre de Cristo» (1) como su inspiración, su modelo (cfr. Flp 2,6-8) y sus armas de combate. Ya antes se ha referido a la misión del apóstol como a la lucha de un soldado de Cristo (6,7) cuyas armas, dice ahora, tienen un poder que viene de Dios y está destinado a destruir baluartes y torreones que se subleven contra el reconocimiento de Dios. El Apóstol alude claramente a la Palabra de Dios que él anuncia en la humildad y la pobreza, frente a los sofismas, la prepotencia y los falsos razonamientos con que los falsos apóstoles pretenden desviar a los corintios del Evangelio que ellos aceptaron. La paz de la comunidad será reestablecida. Toda sabiduría humana que se oponga a Cristo será sometida a la obediencia de la fe (Rom 1,5).

El poder del apóstol²⁰

¹²No nos atrevemos a igualarnos ni a compararnos con algunos que se elogian a sí mismos. Ellos en cambio, al tomarse como medida de sí mismos, demuestran que proceden neciamente.

¹³Nosotros no alardeamos más allá de lo debido, sino que aceptando la medida del sector que Dios nos ha asignado, llegamos hasta ustedes.

¹⁴No nos extralimitamos como si nuestra competencia no alcanzara hasta ustedes, ya que fuimos nosotros los primeros en llegar para anunciarles la Buena Noticia de Cristo.

¹⁵No nos excedemos alardeando de trabajos ajenos pero esperamos que, al aumentar entre ustedes los creyentes, podamos ampliar mucho nuestro campo de acción ¹⁶y aun predicar la Buena Noticia más allá, aunque sin alardear de campos ajenos ya cultivados.

¹⁷Quien se gloria que se gloríe del Señor, ¹⁸ya que no queda aprobado el que se recomienda a sí mismo, sino aquel a quien recomienda el Señor.

Finge ser necio polemizando²¹

11 ¹Ojalá aguantaran ustedes un poco de locura de mi parte. Sé que me aguantarán. ²Tengo celos de ustedes, celos de Dios: porque los he prometido a un solo marido, Cristo, para presentarlos a él como virgen intacta.

³Me temo que, así como la serpiente sedujo a Eva con astucia, también ustedes se dejen corromper abandonando la sinceridad y fidelidad a Cristo. ⁴Porque si se presentara alguien anunciando un Jesús que yo no anuncié, o recibieran un espíritu diverso del que han recibido, o una Buena Noticia diversa de la que han aceptado, ciertamente lo tolerarían.

20

10,12-18 El poder del apóstol. Parece ser que sus enemigos llegados a Corinto achacaban a Pablo el no ser un apóstol en sentido completo y, por consiguiente, que carecía de la auténtica autoridad apostólica frente a la comunidad. Ellos en cambio, sí que se consideraban apóstoles y alardeaban de «ser de Cristo», implicando quizás con esta frase casi técnica ya sea el haber conocido a Jesús personalmente ya sean las conexiones que tenían con los apóstoles de la Iglesia de Jerusalén. Es decir, consideraban el apostolado como un club exclusivo al que Pablo no podía pertenecer.

Pablo pasa al ataque. Venciendo el pudor y el malestar que le causa alardear y hablar de sí mismo, las circunstancias le obligan a hacerlo. Y lo hace recordándoles que él fundó la Iglesia de Corinto y que esa comunidad viva es el testimonio de la presencia y del poder de Dios en su apostolado. Es un poder constructivo y no de destrucción, como lo estarían haciendo esos «superapóstoles». Y que, por lo tanto, por carta o cara a cara, él ejercita el mismo poder de Dios, como lo podrán comprobar cuando les visite.

Refiriéndose a su labor misionera por la que fundó la comunidad de Corinto, el Apóstol no se gloria, lo considera sencillamente un acto de obediencia a lo que el Señor le ha encomendado: llevar el Evangelio a las naciones (cfr. Hch 9,15; Rom 15,15-20). Ha cumplido su misión en Corinto y piensa seguir cumpliéndola más allá de Corinto y de Grecia (cfr. Rom 15,24-28).

La política de Pablo es clara: no meterse en terreno ya evangelizado por otros. Pide asimismo que los otros no invadan el campo que el Señor le ha asignado.

¿Tenía celos el Apóstol celo de estos misioneros itinerantes —«los superapóstoles»— que habían fascinado con su elocuencia, credenciales y prepotencia a sus queridos corintios, desacreditándole a él, el fundador de la comunidad? No hay que descartar esta posibilidad en una persona tan apasionada y afectuosa. Sin embargo, los verdaderos celos de Pablo son por el Evangelio que les ha anunciado y que, con el instinto de un padre, ve que es eso lo que está en peligro (cfr. 1 Cor 4,15). Esta paternidad es su «gloria» y está dispuesto a defenderla a toda costa porque sabe muy bien que toda «gloria» proviene del Señor y a Él le pertenece (cfr. 1 Cor 4,7; Flp 3,3; Gál 6,14). Gloriarse del Señor es gloriarse de tener por Dios al Señor y de haber recibido todo de Él. Es un orgullo paradójico.

21

11,1-15 Finge ser necio polemizando. Lo que va a decir a continuación puede sonar a desatino propio de un necio. Al asumirlo y declararlo necesidad, Pablo lo exorciza, lo purifica y lo convierte en un arma polémica contra sus contrincantes. No en vano se ha llamado a esta parte de la carta: «discurso de locura».

A todo está dispuesto el Apóstol para defender el Evangelio que predica, incluso a hacerse pasar por un «necio» gloriándose a sí mismo.

Tenemos aquí a un Pablo consumido por los celos. Los compara con los «celos» de Dios (cfr. Éx 20,5; 34,14) de los que se hicieron portavoces los profetas de la Biblia para defender la alianza de bodas entre Dios y su pueblo (cfr. Is 54,5; Ez 16). Dios quiere ser el amor único de sus elegidos (cfr. Zac 1,14; 8,2) y no tolera amoríos con otros dioses.

Se compara después con un padre que da su hija a un novio y se compromete a que permanezca virgen hasta el día de la boda. Encargado de protegerla, vive solícito y vigilante y carga, por así decirlo, con los celos del futuro marido (cfr. Ef 5,26). La desposada es la Iglesia de Corinto. Cristo es el esposo. Pablo el guardián.

El peligro de seducción existe, por eso al Apóstol le viene a la mente la imagen del paraíso (cfr. Gn 3,4; Ap 14,4). La serpiente quiere que Eva, la esposa, sea infiel. Los corintios están en peligro de ser seducidos por agentes de la serpiente que presentan un Jesús, un Espíritu y un Evangelio extraños, que no son los que el Apóstol les anunció.

Se vuelve después —¿todavía en clave de necio?— a retorcer argumentos y pretensiones de los rivales que predicaban «un evangelio distinto», alegando ser superiores a Pablo. Los marca primero con una expresión irónica: «esos superapóstoles» (5); los desenmascara con frases durísimas: «obreros fingidos, disfrazados de apóstoles» (13), para amenazarles con que «su final responderá a sus obras» (15).

Un apóstol que se estime —parecen decir sus rivales— se hace pagar dignamente sus servicios, como hacían los sacerdotes y algunos profetas del Antiguo Testamento (cfr. 1 Sm 9,7s). Pablo, en cambio, es un pobretón que no estima a sus oyentes ni a su ministerio.

El Apóstol se gloria precisamente de lo contrario, de su desinterés, de su predicación gratuita que no es desprecio sino amor, el cual a la larga acreditará la autenticidad de su misión.

⁵Pienso no ser inferior en nada a esos superapóstoles. ⁶Aunque no tengo preparación para hablar, no me falta el conocimiento, y esto lo he demostrado siempre y en todo.

⁷¿Hice mal en humillarme para elevarlos a ustedes, predicando gratuitamente la Buena Noticia de Dios? ⁸□ He despojado otras Iglesias aceptando su ayuda para servirlos a ustedes.

⁹Mientras viví con ustedes, aunque pasé apuros, no fui carga para nadie ya que los hermanos venidos de Macedonia me socorrieron en mis necesidades. Siempre me mantuve y me mantendré sin ser una carga para nadie. ¹⁰Por Cristo les aseguro que nadie en Acaya me privará de este honor. ¹¹¿Será acaso porque no los amo? Dios sabe cuánto. ¹²Y lo que hago lo seguiré haciendo para quitar de raíz todo apoyo a los que buscan un pretexto para presumir de ser como yo. ¹³Esos tales son falsos apóstoles, obreros fingidos, disfrazados de apóstoles de Cristo. ¹⁴Su táctica no debe sorprendernos: si el mismo Satanás se disfraza de ángel de la luz, ¹⁵no es de extrañar que sus ministros se disfracen de agentes de la justicia. Pero su final responderá a sus obras.

Alardes de un necio fingido²²

(Hch 13–28)

¹⁶Lo repito: que nadie me tome por insensato; y si me toman por tal, sopórtenme para que también yo pueda gloriarme un poco. ¹⁷Lo que voy a decir, no me lo dicta el Señor, sino la necesidad. ¹⁸Ya que muchos se glorían de méritos humanos, yo también me gloriaré. ¹⁹Porque ustedes, tan sensatos, soportan de buena gana a los insensatos. ²⁰Soportan que uno los esclavice, los explote, les robe, los desprecie, los abofetee.

²¹Confieso avergonzado que fui blando con ustedes. Pues bien, de lo mismo que otros se glorían –lo digo como necio– yo también me gloriaré.

²²¿Que son hebreos? Yo también. ¿Que son israelitas? Yo también. ¿Que son descendientes de Abrahán? Yo también. ²³¿Que son ministros de Cristo? –hablo como demente–, yo lo soy más que ellos.

Les gano en fatigas, les gano en prisiones, aún más en golpes, con frecuencia estuve al borde de la muerte. ²⁴Cinco veces fui azotado por los judíos con los treinta y nueve golpes, ²⁵tres veces me azotaron con varas, una vez me apedrearon; tres veces naufragué y pasé un día y una noche en alta mar.

²⁶Cuántos viajes, con peligros de ríos, peligros de asaltantes, peligros de parte de mis compatriotas, peligros de parte de los extranjeros, peligros en ciudades, peligros en descampado, peligros en el mar, peligros por falsos hermanos. ²⁷Con fatiga y angustia, sin dormir muchas noches, con hambre y con sed, en frecuentes ayunos, con frío y sin ropa.

²⁸Y además de éstas y otras cosas, pesa sobre mí la carga cotidiana, la preocupación por todas las Iglesias.

²⁹¿Alguien enferma sin que yo enferme? ¿Alguien cae sin que a mí me dé fiebre? ³⁰Si hay que gloriarse, me gloriaré de mi debilidad.

³¹El Dios Padre del Señor Jesús –sea bendito por siempre– sabe que no miento.

³²En Damasco el gobernador del rey Aretas custodiaba la ciudad para prenderme. ³³Por una ventana y en una canasta me descolgaron muralla abajo y así escapé de sus manos.

22

11,16-33 Alardes de un necio fingido. Retoma el papel de necio para recitar gozos y penas, méritos y flaquezas de su ministerio. En realidad, enumera más flaquezas que méritos. Esta fingida necesidad nos permite asistir a la semblanza impresionante de un modelo perpetuo de apóstoles y líderes cristianos. Pero si cuanto dice se lo dicta la necesidad –recurso literario–, la fingida necesidad se la inspira Dios.

Comienza reprochándoles a los corintios –tan sensatos ellos, ironiza Pablo– que se dejen devorar, despojar y despreciar por los «superapóstoles». Con esta dureza interpreta el Apóstol la predicación de un falso evangelio. Deberían haber mostrado más sentido común frente a tales predicaciones, y retóricamente dice a sus lectores que se arrepiente de haber sido blando con ellos.

Pues bien, si sus adversarios se atreven a alardear y jactarse de los propios méritos, Pablo los va a superar a todos. De nuevo insiste en que lo que va a decir lo dice como necio. Comienza recordándoles que él es tan hebreo, tan israelita y tan del linaje de Abrahán como lo puedan ser sus contrincantes. En ese terreno, no lo superan en nada. Sin embargo, si de lo que verdaderamente se enorgullecen sus rivales es de sus méritos apostólicos, Pablo los supera cómodamente. Y a continuación, enumera una paradójica lista, no precisamente de éxitos, no de comunidades fundadas o viajes realizados, conversiones, bautismos, etc., de los que podría presumir, sino de su largo camino misionero recorrido a la sombra de la cruz de Cristo: sufrimientos, privaciones, fatigas, persecuciones, castigos, peligros de muerte, etc.

Sólo la «cruz de Cristo» que lleva a cuestras un apóstol confirma su legitimidad y el poder de su apostolado. Ésta es la lección fundamental que nos da aquí Pablo. El Apóstol nos tiene acostumbrados en sus cartas a listas de sufrimientos semejantes (cfr. Rom 8,35; 1 Cor 4,9-13), pero ésta es la más larga y detallada. Las circunstancias la hacen necesaria.

Alude, por fin, al sufrimiento quizás más intenso y evangélico que el Apóstol está viviendo justamente mientras escribe: su preocupación por las Iglesias que ha fundado y que le hace estar en ascuas, enfermo de ansiedad como lo está ahora, a causa de los corintios.

Termina poniendo a Dios por testigo de que todo lo dicho es verdad y que si de algo tiene que presumir, es de su debilidad.

Revelaciones y flaquezas²³

12 ¹¿Hay que seguir alabándose?, aunque de poco sirva, paso a las visiones y revelaciones del Señor.

²Sé de un cristiano que hace catorce años –no sé si con el cuerpo o sin el cuerpo, Dios lo sabe– fue arrebatado hasta el tercer cielo; ³y sé que ese individuo –con el cuerpo o sin el cuerpo, Dios lo sabe– ⁴fue arrebatado al paraíso y escuchó palabras inefables, que ningún hombre puede pronunciar. ⁵De eso podría gloriarme, pero en cuanto a mí, sólo me gloriaré de mis debilidades. ⁶Aunque, si quisiera gloriarme, no sería necio, diría la verdad. Pero me abstengo para que, en vista de tan extraordinarias revelaciones, no vaya alguien a formarse de mí una idea superior a la que ve en mí o escucha de mí.

⁷Ahora bien, para que no me envanezca, me han clavado en las carnes una espina, verdadero delegado de Satanás que me abofetea. ⁸A causa de ello rogué tres veces al Señor que lo apartara de mí. ⁹Y me contestó: ite basta mi gracia!; la fuerza se realiza en la debilidad. Así que muy a gusto me gloriaré de mis debilidades, para que se aloje en mí el poder de Cristo. ¹⁰Por eso estoy contento con las debilidades, insolencias, necesidades, persecuciones y angustias por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.

El ministerio en Corinto²⁴

¹¹Me he portado como necio: ustedes me han obligado. A ustedes tocaba valorarme. Porque aunque soy nada, en nada soy inferior a los superapóstoles. ¹²La marca del verdadero apóstol se vio en mi trabajo entre ustedes: paciencia a toda prueba, signos, prodigios y milagros.

¹³¿En qué fueron menos que otras Iglesias salvo en que yo no me convertí en una carga para ustedes? Perdónenme esa ofensa.

¹⁴Miren, por tercera vez pienso ir a visitarlos; y no seré una carga, ya que no busco sus bienes, sino a ustedes.

No les toca a los hijos ahorrar para los padres, sino a los padres para los hijos. ¹⁵Con sumo gusto gastaré y me gastaré por ustedes.

Y si yo los quiero tanto, ¿no seré querido en la misma medida?

¹⁶—Concedido, dirán que yo no he sido una carga para nadie, pero como soy astuto, los he cazado en una trampa.

23

12,1-10 Revelaciones y flaquezas. Es probable que los adversarios de Pablo, y quizás también a imitación de ellos algunos corintios, se jactaran de experimentar fenómenos extáticos y revelaciones extrañas.

Una vez más el Apóstol, de mala gana, tiene que hablar sobre sus experiencias espirituales a las que no concede demasiado valor; ya en 1 Corintios relativizó su don de lenguas. Pablo se muestra aquí pudoroso de su intimidad espiritual, en fuerte contraste con las declaraciones sobre su actividad apostólica.

La «autobiografía espiritual íntima» es un género que ni el Apóstol ni otros autores del Nuevo Testamento cultivaron. Para ellos «vivir es Cristo». El acontecimiento a que se refiere no nos es conocido por ningún otro testimonio. Ciertamente no es el del camino de Damasco, pues la cronología –«hace catorce años»– lo sitúa en otro momento. De esta manera da a entender que ha sucedido mucho antes de su llegada a Corinto y que, por lo tanto, no hace falta estar en ese ambiente religioso y cultural para llegar a tener una experiencia de lo divino. Y como es un don de Dios, el beneficiario no puede vanagloriarse, ni mucho menos exhibirlo como credencial de su apostolado.

Para remachar la afirmación hace una confesión dramática a los corintios. Dice tener como clavado en la carne un agujón, un emisario de Satanás que le abofetea. ¿Sería una enfermedad? ¿Sería el rechazo del Evangelio por parte de sus hermanos de raza, los judíos, cuyo fracaso se atribuye Pablo personalmente (cfr. Rom 9–11)? ¿La permanente intromisión de los judaizantes en sus comunidades (cfr. Gál 1,7; Flp 3,2)? No lo sabemos.

De todas formas, el Apóstol nos da en los versículos 8-10 un bello ejemplo de petición no escuchada. «No sabemos pedir como es debido», dirá en Rom 8,26. Es que Dios escucha a su manera, no reduciendo la carga sino duplicando las fuerzas. Véase la súplica de Jeremías y la respuesta de Dios (cfr. Jr 15,20s). Así se remonta Pablo a un principio de gran trascendencia: Dios demuestra su poder usando instrumentos débiles. La debilidad es el terreno en que se manifiesta y actúa la fuerza de Dios.

24

12,11-21 El ministerio en Corinto. A modo de recapitulación, Pablo concluye que no es en nada inferior a los predicadores rivales. Lamenta tener que defenderse cuando deberían haber sido los mismos corintios sus defensores. Todavía agrega otra prueba más: los prodigios, milagros y señales que acompañaron su ministerio en Corinto y que acreditan el Evangelio según la promesa de Jesús (cfr. Mc 16,17). La presencia de la cruz en el Apóstol lleva consigo también la fuerza de la resurrección.

Les anuncia a continuación una tercera visita. La primera fue la visita fundacional, y la segunda, aquella en la que alguien le insultó y amotinó a la comunidad contra él (cfr. 7,7-13), de lo que más tarde todos se arrepintieron. Les advierte de antemano de que en esta nueva visita no les ocasionará gastos, porque lo que busca no es su dinero sino a ellos mismos. El empeño de Pablo en trabajar con sus propias manos para su sustento debió ser algo insólito que la minoría acomodada de la comunidad no acababa de digerir.

Algún malicioso podría pensar: ¿no será una estratagema para sacar una tajada mayor con la colecta? ¿Querrá, tal vez, aprovecharse por medio de otros, como Tito o el hermano enviado por las Iglesias para supervisar la operación?

La respuesta de Pablo, en forma de preguntas retóricas, expresa indignación ante semejantes insinuaciones. Ya les ha dicho que se ha comportado siempre como un padre (6,13; 11,2) y que lo propio de un padre es ayudar a los hijos y no aprovecharse de ellos.

Como preparación, pues, para la visita anunciada, Pablo les confiesa sus temores de encontrarse con lo que no desearía. Expresar la sospecha es una manera sutil de denunciar una situación presente y, al mismo tiempo, una exhortación a poner remedio cuanto antes. Sólo pensar que se va a encontrar con una comunidad dividida por rivalidades, envidias, etc., lo llena de profunda tristeza; sería como sufrir una humillación personal, como estar de «luto» por unos muertos de los que se ha sentido siempre tan orgulloso.

¹⁷¿Acaso los he explotado por medio de alguno de mis enviados? ¹⁸A Tito le rogué que fuera, y con él envié al hermano: ¿los explotó Tito? ¿No nos guía el mismo Espíritu? ¿No pisamos las mismas huellas?

¹⁹¿Piensan que vuelvo a justificarme ante ustedes? Hablamos en presencia de Dios y como cristianos: todo, queridos míos, lo hice para construir su comunidad. ²⁰Pero temo que al llegar no los encuentre como deseo ni ustedes a mí como quisieran.

Temo encontrar rivalidades, envidias, pasiones, ambiciones, calumnias, murmuraciones, soberbia, desórdenes.

²¹Temo que al llegar me vuelva a humillar Dios ante ustedes y tenga que guardar luto por tantos que persisten en sus pecados, sin arrepentirse de la impureza, fornicación y desenfreno en que viven.

Últimas exhortaciones²⁵

13 ¹Es la tercera vez que voy a visitarlos, y *toda causa debe decidirse por el testimonio de dos o tres testigos*. ²A cuantos siguen en sus pecados y a todos los demás se lo dije ya en mi segunda visita y se lo aviso ahora aún ausente: que cuando vuelva no tendré consideraciones; ³ésta será la prueba de que por mí habla Cristo, que para ustedes no es débil, sino poderoso. ⁴Porque, aunque por su debilidad fue crucificado, por el poder de Dios está vivo. Lo mismo nosotros, si compartimos su debilidad, compartiremos frente a ustedes su vida por el poder de Dios.

⁵Examínense para comprobar si se mantienen en la fe. ¿No logran descubrir a Jesucristo en ustedes? Señal de que no han superado la prueba. ⁶Pero espero que reconozcan que yo sí la he superado.

⁷Pido a Dios que no hagan nada malo: no para quedar bien nosotros, sino para que ustedes obren el bien, aunque yo quede descalificado.

⁸Nada podemos contra la verdad, sí a favor de la verdad.

⁹Nos alegramos de ser débiles, con tal de que ustedes sean fuertes. Es lo que pedimos, que lleguen a ser perfectos. ¹⁰Con este fin les escribo en mi ausencia, para que, cuando esté presente, no tenga que usar con severidad el poder que el Señor me ha concedido para edificar y no para destruir.

Saludos finales²⁶

¹¹Por lo demás, hermanos, estén alegres, alcancen la perfección, anímense, vivan en armonía y en paz; y el Dios del amor y la paz estará con ustedes. ¹²Salúdense mutuamente con el beso santo. Los saludan todos los consagrados. ¹³La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté con todos ustedes.

²⁵ **13,1-10 Últimas exhortaciones.** Los corintios reconocen el poder de Cristo, probablemente en los signos y prodigios realizados en su nombre. En Pablo sólo ven la debilidad: o porque desean un jefe dominador o porque se burlan de su ineficacia.

El Apóstol se verá forzado a hacer una demostración del poder de gobierno recibido que actúa en y por su aparente debilidad. Irá dispuesto a entablar un juicio. Antes, sin embargo, les ofrece la posibilidad de evitarlo haciendo un examen de conciencia y manifestando su conversión. De ese modo serán ellos mismos sus propios jueces. El criterio de este auto-examen deberá ser la presencia activa, experimentada, de Cristo en sus vidas (cfr. Rom 2,15-16).

Pablo aprovecha la ocasión para retomar una constante de su teología y espiritualidad: el misterio pascual de muerte y resurrección, consumado por Cristo y participado por el Apóstol.

Cristo pudo sufrir en cuanto «hombre débil» (cfr. Flp, 2,5-8), pero resucitó por el poder de Dios (cfr. Rom 1,4; 1 Cor 6,14). Si en la segunda visita el Apóstol apareció como «débil», ahora está decidido a mostrarse como «fuerte», si fuera necesario. Quiere evitarlo invitando a los corintios a examinarse sinceramente para comprobar si Jesucristo vive en ellos. Si experimentan en ellos el poder y señorío de Cristo, tendrán que reconocer su palabra eficaz en la de Pablo.

Concluye reafirmando el cometido que se le ha asignado: edificar y no destruir (cfr. 10,8).

²⁶ **13,11-13 Saludos finales.** La despedida es excepcionalmente breve, impersonal, sin mencionar a nadie.

La «alegría» para Pablo tiene siempre un sentido cristiano, ligado a la vida en Cristo que se manifiesta después en la unión, paz y armonía comunitarias.

Las circunstancias por la que atravesaban los corintios hacen de este saludo algo más que una fórmula común de despedida.

Las últimas palabras del Apóstol contienen una de las fórmulas trinitarias más claras de todo el Nuevo Testamento, que ha entrado como saludo en la liturgia eucarística: «la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté con todos ustedes» (13).